

Santa Fe, 12 de agosto de 1954

*El presidente*

Querido Luis León:

Recibí tu fraternal carta del 2, tan grata para mí como todas las tuyas. Pero más, quizá, esta porque me confiesas con tanto afecto la profunda fe que tienes en mi amistad y la sólida convicción con que me incluyes entre tus pocos amigos, con mayúscula. Muchas gracias. Puedes estar seguro de ello. Te aprecio profundamente porque eres, tú también, un gran amigo, un alma generosa y un hombre de una gran dignidad espiritual que te salva, como a los grandes místicos, de todas las tormentas de la carne, del demonio y del mundo. Comprendo esas angustias tuyas "que desgarran mis días y mis noches". Todos tenemos que pasar por las pruebas, las torceduras, los cubiles?, y las zarzas puntos al final de ese viaje, después de haber sufrido mucho, encontramos la luz inenarrable. Pero signo admiración y signo admiración es cuando estamos con las vestiduras y las carnes hechas jirones consuele nos los versos del poeta: "*de la colombe a l'emouchet -chaque âme est une Madeleine- qui se souvient que pêchait... et voici y l'âme de Verlaine*"

Yo también tengo pocos amigos, y el recibido grandes y tristesimas desilusiones al respecto. Pero también tuve grandes alegrías y autenticidad afectos que me compensaron ampliamente. Mateo Booz, Carlos Carranza y Nicanor Molinas, ya muertos todos. Ahora solamente me quedas tú. Ya lo dijo Martín Fierro: "amigos uno - y cuando mucho dos".

Pero en mi caso coma explica, quizá, esa parvedad, porque yo tengo muchos defectos. Sé que soy absolutista, terco, orgulloso y absorbente. Soy también fiel, eso sí. Pero digo como Jorge Mauri que de su padre "¡qué enemigo de enemigos!". Confieso que no sé perdonar. Tú, en cambio, eres un San Francisco de Asís que llamas hermanos y tratas con cariño a todos tus semejantes, hasta los bestias. Merecías, en verdad, mejor suerte. Porque tú sabes perdonar.

Me enteré de la muerte de Don Rosendo Martínez. Cuando se va un hombre así siento una gran tristeza. La que debió sentir el al dejar este mundo punto porque él lo conoció en la mejor época, cuando la vida valía la pena ser vivida. Cuando se alteraba alternaba con gente de espíritu y de señorío y había esa gloriosa institución que eran los salones porteños. La época del imperio, Como decía el Dr. Nicanor Molinas. Ya todo eso pasó para nosotros. Los que no conocieron esos tiempos, no lo sangrarán. Pero nosotros, sí junto yo cada vez que yo cada vez me siento más triste y más extranjero en este mundo sórdido y de preocupaciones puramente hedonístico en que vivimos. Y no sé si es que me he puesto más sentimental o más viejo, pero a veces siento ganas de llorar. Juventud, divino tesoro...

Bueno, querido Luis León. Hoy te he escrito una carta estrictamente personal y melancólica. Te agradezco tus noticias artísticas y te abrazo con mi invariable afecto

H. Caillet